

JULIE HÉRACLÈS

NO SABÉIS NADA DE MÍ

Prólogo de Marta Sanz

Traducción de Sònia Bagués

GÖLEM



Miembros de la Resistencia cortando el pelo de una colaboracionista.
14 de julio de 1944. (United States Army Signal Corps)

Cabrones, santos..., yo no he conocido a ninguno. Las cosas no son ni blancas ni negras, lo que reina es el gris. Los hombres, sus almas... pasa lo mismo.

PHILIPPE CLAUDEL, *Almas grises*

Nota de la autora

Esta novela está inspirada en hechos reales, pero no pretende en ningún caso ser una reconstrucción histórica. Las fechas y los lugares han sido respetados en su mayoría, aunque la sucesión de los acontecimientos es pura ficción.

1

Chartres, 16 de agosto de 1944, al amanecer

Dentro de tres días cumpliré veintitrés años. Me moriré antes. No me perdonarán. Una bala en la cabeza. La sangre brota como un géiser y me embadurna los ojos. El mundo se vuelve carmesí, luego todo negro. Me desplomo, la cara hecha trizas en los adoquines. Pequeña pila inerte que habrá que llevar a la fosa común.

Estas visiones me acosan desde hace días. Me bailan una giga en la cabeza y me agujerean las entrañas. No habrá piedad para mí. La piedad no existe. La venganza, sí. Los alemanes fusilaron a los de Chavannes como a perros en el 42. Hoy, los vencedores han cambiado de bando. No tendré derecho a clemencia alguna. La puta del boche¹ va a ser liquidada.

Me sienta bien imaginar lo peor. Imaginármelo es casi impedir que exista. Estoy sentada bien erguida en el banco de la mesa de la cocina. Está oscuro. Cortaron la electricidad y al sol siempre le cuesta entrar en este cuarto. Los estoy esperando. Tiene que ser esta mañana. Ya nada les frena. Los yanquis se presentaron anoche. No cabe duda: me lo dijo Madeleine. Lo sabe todo, lo oye todo, Madeleine. «Estate tranquila, todo irá bien,

1. Insulto francés para referirse a los alemanes, muy usado durante las dos guerras mundiales. (*N. de la T.*)

solo van a echar a los últimos alemanes. No tienes nada que temer, Simone». Es buena, mi hermana. Pero jamás hago caso de sus consejos.

Ayer, antes del toque de queda, se oyeron clamores. Venían de la parte baja de la ciudad. Gritos de alegría o gritos de miedo: quise saber qué ocurría. Yo, que llevo meses atrincherada, intentando no respirar más de la cuenta, perdí el tino. Metí a Françoise en los brazos de mamá y salí disparada. Necesitaba respirar. Necesitaba ver. Tal vez fuera la última vez que era libre en mi ciudad.

El calor de la tarde me embriagó. Corrí por las callejuelas estrechas y empinadas, casi me caigo en las escaleras de la catedral, recuperé el aliento junto al Eure. Estaba viva. Al llegar al puente de los Minimes, vi que salían llamas del tejado de la colegiata de Saint-André. Allí guardaban los alemanes sus provisiones. «¡Los chleuhs² le han prendido fuego!». La gente gritaba, corría, intentando salvar latas de conserva, sacos de harina. Olía a caramelo. Al parecer los alemanes estaban quemando las reservas de azúcar para no dejar ni un dulce a sus enemigos. Y también corría el rumor de que pretendían hacer saltar por los aires la Puerta Guillaume. El último numerito. Volví enseguida a casa. Madeleine me esperaba: «¿Pero en qué estabas pensando? ¡Podías haberte metido en un buen lío!».

Esta noche, Chartres ha crepitado. Obuses, disparos de ametralladora, un auténtico campo de batalla. También ha habido tormenta. Los truenos, las detonaciones, todo se ha confundido. Al final me he dormido. Hacia las tres de la madrugada, una explosión enorme ha hecho temblar la casa. Sin duda la Puerta Guillaume. Françoise ha llorado. Me la he llevado a la cama. La he acunado. Françoise, pequeña mía, no te dejaré, te protegeré, te lo prometo.

2. Insulto aún más despectivo para los alemanes; argot militar francés de los años cuarenta. Los chleuh son un grupo étnico amazigh de Marruecos. (*N. de la T.*)

Esta mañana estoy aquí, presente. No he huido. ¿Adónde iba a ir, de todos modos? Solo los ricos pueden largarse. Yo voy a pagar. Y, sin embargo, es curioso: no tengo miedo. Quizá sea que, en el fondo, no acabo de creérmelo.

Me he levantado temprano, antes de que saliera el sol. Me he lavado la cabeza en el fregadero de la cocina, con agua fría. Me quedaba un trocito de jabón Cadum de lavanda. Mi cabello huele bien. Me he puesto una horquilla a un lado para sujetarlo. Era el peinado preferido de Otto. Me he enfundado el vestido negro de cuadros de vichy, ese que me afina la cintura. Le tengo cariño. Nadie puede ver que ha sido remendado veinte veces. Y para dar el pecho a Françoise es muy práctico, solo tengo que desabrochar la parte delantera.

El repique del convento de las hermanas de Saint-Paul anuncia las seis. No me atrevo a hacer ruido. Todos siguen durmiendo en el piso de arriba. Mamá, el viejo, Madeleine y Françoise. Sus vidas van a verse trastornadas por mi culpa. Pero no me arrepiento de nada. Lo que la vida me ha dado no tiene precio. Nadie podrá arrebatármelo. Aunque muera esta noche.

Algo se está moviendo a mi derecha. Es una cucaracha. Ha salido disparada del agujero del fregadero. Es grande, gorda. No sabe lo que es pasar hambre, la cabrona. Avanza a toda velocidad, un giro a la izquierda, línea recta, media vuelta. Sus antenas revolotean como locas. En circunstancias normales, la habría perseguido y aplastado con mi zapato, hasta oír crujir su caparazón. Hoy, no me apetece matarla. Que siga con su vida de curiana.

Estoy lista. Acaricio las vetas de la mesa. El nogal es suave. Y es largo esperar. Tendría que comer algo. Para tomar fuerzas, ayer calenté el resto de pan duro con agua y aguardiente. La mezcla sigue en la cazuela. Espesa, pegajosa, negruzca. Solo de imagi-

narme esa papilla en la boca, me dan ganas de echar la pota. Da igual, me quedo con el estómago vacío.

Al menos, tengo la impresión de tener las ideas claras y la cabeza bien despejada. Eso es lo principal. Si se dignan a escucharme, si me conceden el honor de un juicio, sabré qué decirles. No se arrepentirán. Lo soltaré todo. Todo desde el principio.

2

Nací el 19 de agosto de 1921. En casa de mis abuelos, en la calle Beauvais, en Chartres. En el primer piso, tercera puerta al fondo del pasillo, en la habitación verde. Esa en la que nadie duerme, esa en la que ya no me dejan entrar.

Mamá siempre cuenta que aquel día hacía un bochorno terrible y que había sudado como una cerda. Parece ser que ese fue el único recuerdo que le dejó mi llegada a este mundo. Expulsó un bebé y perdió litros de agua. De lo demás, ni una palabra. No sé si mamá se alegró de tenerme. No sé si el viejo estaba allí, si le agarró la mano. Solo sé que fue un día de sudor.